Domingo 8 de diciembre de 1996
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 1,26-38
"Alegrate, llena de gracia"

Este domingo, que debió ser el II de Adviento, cede el paso a la celebración del gran misterio mariano de la Inmaculada Concepción. Pero la contemplación de este misterio no nos distrae de la espera del Salvador, sino que la hace más atenta, pues la Virgen María es la aurora que anuncia la Luz. En efecto, el Evangelio propio de esta solemnidad mariana, que relata el anuncio a la Virgen María del nacimiento del Salvador, es el Evangelio propio del IV domingo de Adviento y lo encontraremos de nuevo en dos semanas más.

La liturgia sugiere inmediatamente el tema de esta solemnidad por medio de la primera lectura bíblica, tomada del Génesis, donde se relata la situación de perdición en que quedaron Adán y Eva, como consecuencia de su pecado. A la serpiente, causante de la caída del hombre y de dejar comprometido en el pecado a todo el género humano, Dios dijo: "Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te pisoteará la cabeza" (Gen 3,15). La destrucción de la serpiente significa para el hombre la liberación definitiva del pecado y de su cortejo de males, sobre todo, de la muerte. Este es el primer anuncio de la salvación. Allí Dios anuncia a una "mujer", cuya descendencia -es decir, su hijo- derrotará a la serpiente pisoteandole la cabeza. Pero entre la mujer misma y la serpiente Dios pondrá una enemistad irreconciliable. Por tanto, esa mujer no entrará nunca en componendas con la serpiente, no será nunca engañada por ella y no estará jamás bajo su poder. A diferencia de Eva y de todos los nacidos de ella, esa mujer será inmune de todo pecado. Ella será la única concebida sin pecado, la única inmaculada y llena de gracia desde su concepción. De lo contrario, habría al menos un instante en que la serpiente la tendría de su lado, como es el caso de todos los demás hijos e hijas de Adán antes de ser liberados por el Bautismo.

Si buscamos a esa mujer y su hijo en las páginas del Antiguo Testamento, la búsqueda resulta infructuosa. En efecto, nadie satisface esta condición y en nadie se cumple la promesa de un Salvador del pecado y de sus consecuencias. Pero, cuando leemos el relato de la anunciación a la Virgen María por parte del ángel Gabriel, quedamos con la certeza de estar ante esa mujer: "Fue enviado por Dios el ángel Gabriel... a una virgen desposada con un hombre llamado José de la casa de David; el nombre de la virgen era María". Ella es la mujer anunciada desde antiguo. Esta certeza se confirma si observamos el saludo que el ángel le dirige: "Alegrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Esta es la mujer, pero ¿cuál es su descendencia? El ángel la define así: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será

santo y será llamado Hijo de Dios". El Hijo de la mujer es el Hijo de Dios. Este es el que pisotea la cabeza de la serpiente. Por eso observamos en el Evangelio que los demonios huyen ante él y son reducidos a la impotencia. Le gritan: "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos?" (Mc 1,24). A eso vino; vino a pisotear la cabeza del demonio y salvar a los hombres del pecado, que es la esclavitud del demonio.

De aquí la conclusión cierta de nuestra fe, que está hermosamente expresada en el Prefacio de la Misa de hoy. Dirigiendonos a Dios Padre le decimos: "Tú preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original, para que en la plenitud de la gracia fuese digna madre de tu Hijo y comienzo e imagen de la Iglesia... Purísima había de ser, Señor, la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que, entre todos los hombres, es abogada de gracia y ejemplo de santidad". Es dogma de fe revelada que la Virgen María, desde el primer instante de su concepción fue preservada inmune de toda mancha de pecado original (definido por el Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854). Negar esta verdad es atentar contra la santidad de Jesucristo o contra el poder de Dios. En efecto, convenía a la santidad del Hijo que la madre fuera inmaculada y santa, más aun, que fuera la más grande de las creaturas, de manera que más que ella sólo Dios; y era posible a la omnipotencia divina otorgar a la Virgen María esta singular gracia y privilegio, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano.

La solemnidad de la Inmaculada Concepción es la fiesta patronal de esta Arquidiócesis de la Santísima Concepción y los fieles se esfuerzan por expresar su amor y su admiración a la Madre de Dios peregrinando al Cerro La Virgen desde tempranas horas de la mañana. Es la fiesta más sentida en Chile y en todo el mundo católico. Es que nos atrae poderosamente y nos entusiasma la contemplación de la pureza, belleza y santidad de esta mujer, porque son estos los valores que añoramos fuertemente y desearíamos ver en los programas de educación de nuestra juventud y que se trasmitieran en los espectáculos e imagenes que nos rodean. Que la contemplación de la pureza inmaculada de María encienda en nosotros el deseo ardiente de conducir, con la ayuda de esta Virgen Santa, una vida libre del pecado. Entonces mereceremos contarnos entre la descendencia de la Madre de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción